ser creidas; no bastan cuentos, ni sátiras. Los hábitos de sobriedad y trabajo que se impuso, apesar de su vejez, protestan contra la molicie, que se le achaca; las medidas enérgicas, que tomó contra los funcionarios prevaricadores, atestiguan su espíritu de justicia.

«Bajo el reinado de Alejandro (dicen autores contemporáneos de gran peso), el pobre, como el rico encontraba en Roma jueces imparciales; pueblo, ciudadanos, soldados, eran partidarios acérrimos de su *gran rey*. Por la noche Alejandro «dormia solamente dos horas y pasaba por la mesa como una sombra sin detenerse;» jamás desoyó las súplicas de los pobres, pagaba las deudas de los que no podian satisfacerlas, y se mostraba implacable contra los esafas. (1)

Si bien es verdad dice Roscoe, que el siglo XV con su licencia podia hacer creible el incesto de Lucrecia, (habla un protestante); sin embargo, debe tenerse muy presente, que ese siglo es el en que la mentira y la calumnia han campeado más, y tal vez con ese espíritu de maledicencia se achacaron al mismo muchas liviandades imaginarias, y (continúa el mismo autor) decimos eso, porque la *honrada vida de Lucrecia y las buenas costumbres de Alejandro VI*, nos obligan á creer lo contrario, de lo que han escrito sus enemigos. (2)

(1) Rouve. Historia de Leon X.
(2) Jorry Historia de Alejandro VI.

Vemos horrorizados á muchos, y áun de entre los nuestros, al leer las palabras la *vida honrada* de Lucrecia. Mediten si les place lo siguiente, que confirma las palabras del historiador protestante:

Desechos los esponsales contraidos por Lucrecia con un gentil hombre español y despues con Juan Sforza; contrajo su primer matrimonio con el duque Alfonso de Aragon, el cual no murió estrangulado por César Borgia, sino á los treinta y tres dias de recibir una mortal herida, de manos de una turba de bandidos. Durante la enfermedad Lucrecia le asistió con toda ternura, y la pena que tuvo despues de su muerte, fué tal, que no dá lugar á duda el cariño que le profesaba. Un año despues de la muerte del duque Alfonso, contrajo matrimonio con Alfonso de Este, cuyo enlace se celebró con gran pompa en Roma el dia 17 de diciembre de 1501. Tuvo tres hijos del de Este y era tanto el amor y consideracion que le tenia su esposo, que siempre que partió á la guerra le encargó el gobierno y administracion de sus Estados.»

«¿Es posible qué dos príncipes de tan esclarecido renombre y bien adquirida fama, hubiesen querido deslustrar los timbres de su gloria, con el enlace de una mujer tan perdida, como dicen los detractores de Lucrecia?»

«Los últimos dias de su vida los pasó entregada *aún mas asiduamente* á los ejercicios de piedad y caridad.» (1)

(1) Comment delle case di Ferrara.

Con este estracto basta para desvanecer los cuatro matrimonios, la conducta licenciosa, la complicidad en el crímen cometido contra su primer marido, el dictado de mala madre, derrochadora, etc. etc.

Pero si aún no bastan esos datos, Giraldi, Sardi, y Libaroni, autores contemporáneos dicen que Lucrecia *era una mujer completa* (2), una *princesa adornada de todas las virtudes* (3), y *dotada de belleza, virtud y talento de tal suerte que era un tesoro para sus súbditos.* (4)

Roscoe ha reunido otros testimonios en favor de Lucrecia Borgia, cuya justificacion dá al traste con muchas de las calumnias lanzadas contra Alejandro VI. Con sus pruebas y las que hemos apuntado nada queda contra las costumbres privadas del pontífice.

La vida del cardenal Borgia, despues del pontificado de Calixto III, fue siempre ejemplar; para acusarle han debido sus contrarios tildarle de hipocresía, tacha tan contraria el *carácter* ardiente de Borgia y poco en armonía con el enjambre de vicios con que afean su pontificado; es decir, durante el período de su vida, en que la hipocresía le hubiera sido mas necesaria aún.

Cuando Sixto IV resolvió hacer la liga de todos los príncipes cristianos contra los turcos, escogió los cardenales mas capaces y de mayor prestigio para

(3) Istorie Ferraresi.

(4) Scrittori d' Italia.

negociar este grande asunto: el cardenal Aquileo fué enviado á Alemania, el cardenal Bessarion á Francia y el cardenal Borgia á España. Los legados obtuvieron poco de las córtes donde fueron; pero el cardenal Borgia fué por todas partes magníficamente recibido, sobre todo por los reyes de Aragon, Castilla y Portugal; y si no obtuvo cuanto deseaba, contribuyó mucho á la promulgacion de un reglamento para evitar en la península, la simonía, la ignorancia y el libertinaje.

Fleury ó su continuador, dice que la conducta del cardenal Borgia, su dulzura y moderacion, hacian concebir las más grandes esperanzas, y Ferreras, en su historia de España, añade; que el cardenal supo, por su experiencia y capacidad, llevar á un feliz término los asuntos mas importantes y delicados, que se le habian confiado.

La estima general de que gozaba el cardenal Borgia á la muerte de Inocencio VIII, en 1492 no destruye por completo tantas calumnias? ¿Cómo conciliar esa hipocresía y malas costumbres privadas? ¿Cómo persuadir, que todos los que le trataban, todos sus contemporáneos, no supieran adivinar esos vicios ocultos, que pudieron pregonar sus enemigos despues de muerto? ¿Es posible tanta abyeccion en todos sus diocesanos, todos los príncipes de la Iglesia, toda la sociedad y pueblo romano, todas las córtes en que estuvo representando á la Santa Sede? ¿Es posible que pudiera engañar á los historiadores todos de todos

los países, menos á esos que aparecieron doscientos años despues de su vida?

Todas esas cuestiones se resuelven por el sentido comun.

III

Veamos si la conducta del cardenal se desmintió al ocupar Bórgia el trono de San Pedro. La eleccion de Alejandro VI tuvo lugar, en medio de las mas borrascosas circunstancias, en que el mundo podia encontrarse. La civilizacion cristiana era sustituida en literatura, en artes, en política, en ciencias, en filosofía por el renacimiento pagano; la reforma combatia la teología y daba firme apoyo á esa transicion perturbadora y deplorable; la Francia se precipitaba sobre la Italia; los vasallos y delegados de la Santa Sede se levantaban, convertidos en pequeños tiranos de los pueblos, contra la autoridad real de los paternales pontífices; Roma misma «era cada hora del dia teatro de homicidas y bribones» (1) merced á las rivalidades de Colonnas y Orsinis». Tal estaba la sociedad al advenimiento de Alejandro VI; y precisamente porque logró con su rigurosa justicia dominar tantos males, conquistóse la serie de enemigos, que

(1) Leonelli. Oracion fúnebre de Inocencio VIII.

no pudiendo otra cosa, le colmaron en su despecho, de las mas groseras calumnias.

El dia de su coronacion, demostró haber comprendido las gravísimas dificultades que tenia que vencer, y su inquebrantable voluntad de sojuzgarlas, así en un momento de estraordinaria emocion exclamó: «He llamado al Señor en medio de mis tribulaciones y El me ha oido» (Ps. CIX), cuyas palabras tomó por divisa de su escudo.

El cónclave no duró mas de un dia; tanta fué la espontaneidad y unanimidad de pareceres; y el pueblo al oir anunciada la eleccion en favor del austero y recto cardenal Bórgia levantó entusiasmado, sobérbios arcos de triunfo con inscripciones llenas de elogios y esperanzas. El mismo Guichardin, su principal detractor, no puede menos de decir: «Todo él mundo se deshacia en alabanzas de Bórgia, encomiando su sabiduría, perspicacia, penetracion, elocuencia, perseverancia, actividad y tino.»

Y esas voces del pueblo á la exaltacion del Pontífice bien pueden tomarse como la voz elocuente de la historia. Si el Cardenal Bórgia, hubiese, no decimos sido, sino siquiera remotamente, parecido al Bórgia que describe Burchar, ó los que tomaron ese nombre, el pueblo hubiera tenido, como siempre, cuando menos el pudor de callarse.

Y ese clamor de sus verdaderos súbditos corrobora la firme creencia católica de la asistencia del Espíritu Santo en la eleccion de los Pontífices; confirma la

buena conducta de Alejandro que, áun cuando pudiera haber sustraido sus supuestos desórdenes á los ojos de los hombres, no podia ocultarlos á Aquel que todo lo vé y que escoge para sus vicarios á los más dignos.

No se objete á lo último que ha habido malos papas; pues precisamente, el afan de la impiedad en atacar la institucion divina del pontificado, ha sido el único inventor de las calumnias lanzadas contra los pontífices, como la de que nos ocupamos, á fin de hacerles aparecer indignos. Desafiamos á los descreidos á examinar los actos todos de la larga serie de sucesores de San Pedro, y si entre ellos puede encontrarse, lo que dudamos, hombres pecadores, no se hallará «en sana crítica, NI UN MAL PONTÍFICE. Por eso, despues, que para hombres de poca fé, ninguna fé, aducimos argumentos de prueba humana en favor de Alejandro VI; hemos continuado el de mas valía para todo católico; y es, de que Dios no hubiera elegido para su representante en la tierra al que representa la infamia, el mas degradado de los hombres. Esto es absolutamente imposible, á menos de negar en la eleccion la intervencion divina, que es lo que pretende la incredulidad; de aquí, que nadie que se precie de tener verdadera ciencia, pueda conceder ese absurdo. Registran los libros y tradiciones sagradas malos profetas, malos apóstoles, malos ministros; pero que el oráculo de la verdad haya sido malo, ni se escribe, ni se conserva memoria alguna, ni sucederá, hasta que sea compatible lo falso y lo verdadero!

Prosigamos. Aclamada por el pueblo la eleccion no fué tan bien recibida por los que tenian motivos para temer la energía y espíritu de justicia de Alejandro VI. Fernando de Nápoles, los Colonnas, Luis el Moro, temblaron y prepararon sordidamente los medios para desacreditar al gran Pontífice. Circuló la voz de simonía en la eleccion, y de ahí esa patraña en el Diarium de Buchard; invencion que se deshizo como el viento ante la firme actitud del sacro colegio y del pueblo romano.

Sojuzgó Alejandro á sus vasallos de corona ducal y aquella Roma que, como hemos dicho, era continuamente turbada por asesinatos, robos y motines, vino á ser «la ciudad mejor del mundo, porque á su tranquilidad se agregaba que sus habitantes no pagaban gabelas ni tributos.» (1)

Respecto á la calumnia de haber llamado á Roma á los franceses, oigamos al protestante Sismondi: «Alejandro VI no fué ni pérfido, ni voluble: no llamó á Italia á los franceses, permanceció fiel á la alianza con la casa de Aragon, hasta que estos príncipes le obligaron á ser favorable á la Francia. Dueño de Roma Cárlos VIII, vióse obligado, por algunos traidores á deponer al Papa: y es notable que no se valieran para ello, ni de la supuesta simonía, ni de los escándalos que se imputaban á su conducta: esto solo es una clarísima justificacion de Borgia, cuya firme-

(1) Commines. L. VI. cap. XII.

za de carácter no cedió ante la fuerza y jamás concedió á Cárlos la investidura del reino de Nápoles por él tan codiciada.

La entereza de Alejandro VI, se refleja en los actos de César Borgia, su hijo ó sobrino, en sus luchas contra los feudatarios de la Santa Sede.

Seguir los detalles de los titánicos esfuerzos de Borgia, para abatir el orgullo de los pequeños Señores, no es de este lugar, solo sí hacer que resalte de un modo palpable el provecho que sacaron los pueblos. Un escritor notable deduce la siguiente conclusion: «¡Singular destino de los Borgia! son el terror de los magnates y el amor de los pueblos. Ni un motin turbó la paz del pontificado de Alejandro VI, y despues de su muerte las villas de la Romanía, no quisieron por otro señor que á César Borgia!» (1)

Hemos hablado hasta ahora del rey, ocupémonos un instante «del Pontífice.» Su solicitud fué universal; llamar á los príncipes para una cruzada contra los turcos, trabajar activamente para volver al seno de la Iglesia á los husitas de la Bohemia y fomentar todas las ciencias, todas las artes, preparando el glorioso gobierno de Leon X. El pontificado de Alejan- VI ha sido uno de los más notables entre los mejores.

Alejandro habia llegado á la edad de setenta y dos años, sin perder en nada el uso de sus facultades

(1) Constan. Historia de los Papas, corroborrado por Cuichardin L. VI.

intelectuales; signo de una vida metódica y arreglada; cuando el dia 12 de agosto de 1503 se sintió indispuesto, declarándose la calentura que no cesó. El dia 16 le sangraron, y la fiebre cambió de carácter. El 18, confesó con Monseñor Pierre obispo de Culm, quién le viaticó despues de la misa que celebró en la cámara del enfermo. A la hora de vísperas le olearon, asistiendo el referido obispo y los cardenales Oristagui, Cosenza, Montical, Casanova y Constantinopla; y á los pocos minutos entregó su alma al Criador.» Así ocurrió la muerte de ese gran Pontífice. Quien quiera aceptar mejor el drama que inventó Guichardin sobre el supuesto envenamiento sepa de antemano que Voltaire ha dicho: «Me atrevo á decir á Guichardin: Has engañado á la Europa. Eras enemigo del Papa y has dado demasiado crédito á tu ódio. Dices que un Papa de setenta y cuatro años no ha muerto de muerte natural; pretendes apoyándote en vaguedades, que un viejo soberano, cuyos cofres estaban ya repletos con mas de un millon de ducados de oro queria envenenar á algunos cardenales para apoderarse de su moviliario. Ese moviliario era tan importante? no recuerdas que esos efectos son siempre sustraidos por los criados, antes que los papas pudieran apoderarse de los despojos? ¡ Cómo puedes creer que un Papa prudente haya querido aventurarse por una pequeña ganancia á perpetrar una accion tan infame? No debe tomarse el «diario» de la enfermedad del Papa cómo una novela?» (1).

(1) Disertat sur Henry IV.

Dedúcese de todo lo dicho, que los crímenes de los Bórgia son pura calúmnia, que Alejandro VI fué un gran rey y un insigne pontífice, que César Bórgia hizo la felicidad de sus pueblos, y que Lucrecia fué una princesa esclarecida, amada y respetada por su virtud y su talento.

Ante la rehabilitacion completa de los nombres mas execrados, se nos ocurre una reflexion tristísima, para los creyentes y una enseñanza provechosa para los pueblos.

La impiedad se aprovecha de todo para la guerra, que á la religion tiene declarada, calumnias, invenciones, propaganda en libros, en folletos, en novelas, en dramas, en óperas, en todo; y los tibios no rechazan esas indignidades, y así se barrena la fé de nuestros mayores, popularizando con aplomo y descaro las mas insignes patrañas, ¡cuándo será, que todos los que quieren pasar plaza de sensatos no dén crédito á la mentira, á lo absurdo, á lo imposible!

Aprended pueblos: Los que se dicen vuestros amigos, los que os llaman sin cesar, para que les ayudeis en sus ambiciones, con el solo objeto de denigrar la religion, calumnian al que ha sido *enérgico defensor de las libertades, contra odiosas tiranias* y aquellos á quienes se nos moteja de opresores, levantamos, en vuestro provecho, la voz clamando un puesto de gloria, para el egregio rey, inmortal pontífice, que cimentó las verdaderas franquicias de los hombres. Aprended á distinguir entre vuestros solapados amigos; y los amigos que de corazon os aman !